

# EN BUSCA DEL VERBO POR EL CHACO SALTEÑO

Antonio Tovar

HE VENIDO en procura de un verbo poco conocido, a oír y estudiar estas extrañas lenguas del norte argentino. Están ahí, vecinas a nosotros, guardando secretos de la prehistoria americana, como puerta mágica del pasado remoto de la humanidad que desaparece, dejando su sangre, como un afluente más, en la compleja corriente argentina. Hay que hacer constar que las generaciones recientes de este país, posteriores al viejo catamarqueño don Samuel Lafone Quevedo, se han interesado muy poco por este tesoro.

Cada lengua brota de la boca más desdentada y tenebrosa como una riqueza. La mente más obnubilada o la más rutinaria combina sabiamente los elementos constitutivos, ahora sabemos que en combinaciones regidas por matemáticas espontáneas, de la fonética, la morfología y la sintaxis de la lengua. Los sabios nos han descubierto también que no hay lenguas ricas y pobres; todas son en potencia ricas, todas son aptas para que en ellas se diga lo que se quiera. Y aun si no ha nacido en esa lengua un Aristóteles o un Kant, que piense por primera vez en ella para toda la humanidad, todo se puede importar a ella y en ella decirse, mediante préstamos o calcos, ya tomando las palabras extrañas hechas, ya creándolas a imitación y semejanza del modo ajeno. Ahora veo que las palabras que me dijeron otros indígenas hace dos años, registradas en el admirable magnetófono, vienen a encajar maravillosamente a medida que me hago más capaz de analizarlas, y parecen piezas de una máquina de precisión.

Si en el siglo pasado se creyó que la lengua era algo vivo, orgánico y biológico y se intentó captar su esencia en frases como *vida* del lenguaje o incluso *organismo* de ésta o la otra lengua, nuestra era ingenieril y técnica ha descubierto 10 que hay de sistema y de matemático en la lengua, trama de señales, más sutil y compleja, pero de bases no muy distintas a las del telégrafo de banderas o la señalización ferroviaria. Busco ansiosamente el sistema y lo voy ordenando y descubriendo. Hallo que como en ellas predominan los sonidos sordos, sin vibración de las cuerdas vocales, hasta a veces con vocales tapadas al final con un golpe de glotis, como cuando ponemos el dedo sobre la cuerda de la guitarra, se hablan muchas veces apenas bisbisadas.

En bocas y oídos de estas gentes incultas funciona a la perfección el maravilloso sistema. Si supiéramos ser enfáticos, aquí haría falta levantar la voz y con énfasis iniciar un discurso, al modo solemne de un humanista antiguo, sobre el lenguaje. Pues la lengua ya es sabido que es la mayor presea del hombre; la razón pensante descansa o, mejor dicho, consiste en el ejercicio del lenguaje; la memoria se apoya en los signos hablados y escritos, que son las palabras; y el famoso animal racional, si no tuviera *idioma* -lo que etimológicamente tanto vale como propiedad específica-no pensarla. La

palabra griega *lagos*, que tanto valor adquirió en aquel pueblo de intelectuales que hasta llegó a servir para nombrar a la Divinidad, no es sino el nombre abstracto de *legein*, "decir". Cuando traducimos a Platón, *lagos* significa a la vez razonamiento y plática, proposición y desarrollo de razonamiento, cadena de conclusiones lógicas. Dialéctica era en aquellos filósofos atenienses, como lo dice la palabra, *diálogo*.

Pero la lengua menos cultivada y más espontánea tiene una perfección que podríamos decir no es cosa de cultura, sino de natura, y de natura de esa esfera de las leyes matemáticas donde todo es perfecto. Estudiando estas lenguas de los indígenas de nuestro norte se palpa que la lengua no es un organismo, aunque participa de esa nobleza misteriosa que tienen en la mesa de disección los tejidos del horrendo cadáver de cualquier viejo mendigo. Bajo el microscopio los tejidos muestran su admirable trabazón, su adaptación perfecta. Las preparaciones de órganos sanos o enfermos, de tejidos o piezas, brillan en toda su perfección tras los vidrios de los laboratorios hasta hacernos olvidar que son tristes fragmentos. Pero la comparación de los idiomas con estos elementos biológicos no es adecuada, pues la lengua se puede asimilar mejor a esas realidades que la física analiza como pura energía, y está solo un grado por debajo de la perfección de las órbitas de los astros.

Es verdad que nuestro conocimiento de las lenguas es limitado en el tiempo y en el espacio. De los varios cientos de miles de años que se suponen de existencia de la especie humana en nuestro planeta, sólo se han podido leer textos de hace cuatro o cinco mil, y los más viejos, naturalmente que con poca seguridad. Miles y miles de idiomas se han extinguido sin que se haya escrito en ellos ni una palabra. Pero a pesar de estas limitaciones en nuestro conocimiento, no descubrimos rastros de una "evolución" lingüística en el sentido de que una lengua sea más primitiva, es decir, más pobre e imperfecta que otra.

Todas las lenguas que se conocen están, podríamos decir, parodiando a Ranke, a igual distancia de la divinidad. Las de estas viejas tribus del Chaco, que los antropólogos sitúan a la altura acaso del mesolítico del viejo mundo (digamos hace ocho o diez mil años), son capaces de expresarlo todo diciendo guante o caballo, alma o cortesía, y sin recurrir a elementos verbales extraños.

Trabajo por fijar los sonidos, por establecer sus relaciones: quizá tengo entre mis manos una ley fonética que si no acierto a descubrirla ahora no va a ser captada nunca.

Por medios sorprendentemente distintos que demuestran la inagotable fantasía humana para elaborar disposiciones que residen en el fondo de su naturaleza, las lenguas expresan todas las categorías y relaciones. Se dirá que ésta o la otra es una lengua bárbara porque no puede expresar la comparación o el subjuntivo, pero cualquier pensante en una lengua de estas nos podría reprochar que nuestros demostrativos son muy imprecisos porque no indican si la persona o cosa referida está sentada o en movimiento, a nuestra vista o desaparecida.

Bajo el pesado sol del trópico, entre mosquitos y olor a miseria, busco en estos idiomas los complicados secretos que voy a intentar ordenar en gramática y recojo la maravillosa sabiduría popular, el folklore oculto en el que mitologías y novísimos recuerdos históricos y leyendas de animales y lugares se expresan con frescura encantadora. La destrucción y recreación del mundo aparecen en nuevas versiones de un pasado fabuloso, cuyos antecedentes lejanos han investigado en la Argentina sabios como Imbelloni o Canals Frau. Leyendas etiológicas nos cuentan por qué los golpes del pájaro carpintero se oyen resonar en el bosque cuando sopla el viento norte, el que exaspera a las víboras; o cómo se han teñido de rojo los adornos de ciertos pájaros y árboles al haberse salpicado de la sangre del héroe mercurial Taqfwaj. Hallamos aquí una poesía hesiódica, a la vez primitiva y largamente tradicional.

Como catalogador, es decir, como científico, intento clasificar tales leyendas, y me apresuro a rotularlas como etiológicas o como míticas, cuando en realidad son cuentos que brotan frescos y prístinos de estas lenguas. Viven con intemporal actualidad, y cuando los oyentes escuchan al narrador que me lo repite una y otra vez, se ríen, porque los conocen ya. Pero no obstante seguirán oyendo y repitiendo. La búsqueda mía consigue fijar estos relatos y en vez de provocar la sonrisa, cuando los logro escribir y se los leo, me encuentro con el asombro. Se ha petrificado lo que fluía y volaba; es el secreto terrible de la escritura, que nadie ha temido más que Platón en aquella conocida historia del inventor egipcio de las letras, que otro dios más sabio encuentra que acabará al fin con la fresca y riquísima memoria humana tradicional.

En mi búsqueda del verbo asisto a un acto de culto que practican estos indígenas. En una choza construida con chapas sobrantes, de las que se emplean para hacer la madera terciada, se han congregado los miembros de un pequeño campamento o comunidad en que se agrupan hablantes de dos lenguas mutuamente ininteligibles. El pastor europeo viene de tarde en tarde y la pequeña comunidad se gobierna por sí sola. El culto se reduce, durante dos horas, a discursos, ya en una, ya en otra de las lenguas indígenas, con la apoyatura del castellano. Todos los discursos expresivos de la crisis de la mentalidad indígena en su transición se fundan en una antítesis entre el pasado y el presente, en la mejora y transformación debida a lo que los misioneros han sabido acuñar en la expresión "gracias a Jesús". Los contrastes de salvaje y civilizado, orgía y orden, desorden y familia, se repiten en todos los discursos, mientras mana de los bancos de la derecha, donde se sientan hombres jóvenes y viejos, un rumor continuo: "¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios! ¡Amén!". Es una embriaguez de palabras, una sobria embriaguez, como creo que en alguna parte dijo San Pablo. En castellano y en sus lenguas, los oradores, a borbotones, mezclando, repitiendo, expresan la contraposición y se gozan en la mejora, ebrios de *logos* y coreados por los amenes de sus hermanos. Hacia el final se levanta una viejecita, se acerca a la cabecera de la capilla, donde presiden los hermanos más activos y entusiastas, y habla entre sollozos en su idioma. Se prosterna y llora pidiendo la salud para su hijo enfermo. Algunos se contagian y lloran con ella. Es pobre; si el hijo muere ella pierde su único apoyo. La miseria hace más fuerte el dolor de la pérdida de un ser querido. O tal vez se explica económicamente un sentimiento que de otro modo les es difícil expresar. Cuando han

hablado todos, los hombres de la presidencia se ponen en pie y tras ellos todos. Cierran todos los ojos y cantan, con entusiasmo, atropellándose unos a otros, un himno. Las mujeres, a nuestra izquierda, sacan su voz aguda, como de falsete, desgañitándose, y acompañan el himno con un registro como de gaitas o chirimías, dos octavas por encima. Yo he cerrado los ojos y por un momento me dejo llevar en alas del verbo mismo.

En los días del carnaval puedo comparar las dos religiones cristianas. Mientras que los indígenas católicos comparten el carnaval con los blancos y participan en el *Curso* de Tartagal, los evangélicos se mantienen dignos y aparte, con ese orgullo incomparable del que se siente puro.

Mi amigo Patricio, el capitán de los indios chiriguano, dirige como un genio el carnaval. Hace las máscaras de madera de yuchán, las pinta, toca la flauta al frente de la comparsa. Mantiene su vida sin pasar del umbral de la vejez y se rejuvenece con la cara teñida de rojo con urucú. Tiene el labio inferior herido por el roce de la quena que él mismo se ha hecho con un tubo de latón. Se incorpora al carnaval como un símbolo del alma indígena que acepta el hecho de la colonización y la fusión con los blancos. Mientras que los otros, los indígenas evangélicos, exhiben un orgullo que prueba que el sentido de la dignidad no es exclusivo de los civilizados.

He acercado a las monjas del hospital y a los indios protestantes del campamento vecino. Su protestantismo, algo predestinado, les hace creer que, siendo Dios el mejor médico, inútil es tomar medicinas. Yo intento convencerlos de que, si para la última enfermedad los humanos no pueden hacer mucho, para las menores sí. La superiora asegura a mis chorotes que nada tiene en contra de ellos, aunque sean protestantes, y los indígenas parecen dispuestos a aceptar las medicinas y la generosa ayuda.

Pero dejemos las anécdotas y la preocupación científica o estética y aprovechemos esta ocasión para despertar ante la conciencia argentina la urgencia de un problema. Pocos, poquísimos millares -se contarán acaso con los dedos de una mano-, son los indígenas que en el norte del país conservan fielmente lo que pueden de sus viejos patrimonios culturales. La vieja colonización española, con sus métodos paternalistas y a veces duros, ha refundido sangres y colores, y en el norte, la gente criolla, comenzando por la de más rancio abolengo de conquistadores, tiene vetas indígenas.

Mas los indios chaquenses se sienten distintos. La pobreza y la aspereza de su tierra mantuvieron durante siglos a los colonizadores a la puerta, en cerco y espera. Las viejas culturas subsisten en toda su primitividad. No importa que alrededor de este Chaco, sitiado durante siglos, la sangre de color sea mucha. Los indígenas no reconocen su identidad de sangre con estos criollos y criollas de ojos negrísimos. Son su cultura conservada y sus lenguas intactas lo que forma la esencia de su nacionalidad. No se reconocen emparentados con tantos tucumanos o salteños por cuyas venas corre sangre semejante. El color de la tez y del pelo nada les dice, y ven lo suyo no en la sangre, sino en la ancestral cultura. No hay peligro de que se quieran

confundir con los criollos hispanizados desde siglos, ni de que los arrastren por las vías del indigenismo.

Sería por eso muy posible ensayar en nuestro norte la conservación de lenguas y culturas indígenas. O, mejor dicho, su incorporación a la vida argentina, sin que ello arrastre a la ruina total la tradición propia de esta gente. En otros países del continente se ha ensayado, con mayor o menor éxito, y aquí se podría intentar con mayor facilidad, puesto que se trata de minorías reducidas que no pueden nunca constituir un problema grave.

¿No sería posible salvar la cultura indígena sin que naufrague en la miseria? ¿No se puede hacer argentinos de estos indígenas sin que pasen a situarse, forzosamente borrados todos sus rasgos culturales propios, en los estratos más bajos de esta sociedad del norte del país?

En el sentido de desarrollar en los indígenas la capacidad de gobernarse a sí mismos, algunos misioneros evangelistas han dado un ejemplo que hemos de admirar. Sin tanto paternalismo como el tradicional en nuestra cultura. Invocando la personalidad propia, autónoma, orgullosa, del indígena. Echando sobre él la carga de las obligaciones de la vida de él mismo y de su familia. Indígenas conozco capaces de dirigir alguna de estas empresas, así Santos Aparicio, mataco en quien se descubre nobleza que honra una raza.

Resérvense para los indígenas tierras, sean educados en la agricultura y la ganadería. Tienen que dar un salto de milenios hasta situarse en las etapas fundamentales de nuestra cultura. Ayúdeles una escuela bilingüe, en la que aprender a leer y escribir en español no represente el abandono de su viejo idioma. Edúquese algún indígena para maestro.

Uno imagina que mañana los argentinos pueden presentar a estos otros argentinos primigenios ante el mundo, y llevados de la mano, mostrar en ellos a ciudadanos que han entrado a formar parte de la nación sin que para ello hayan tenido que renunciar a sus venerables características de americanos indígenas. Leyes, ciencia, amoroso cuidado han de ser aplicados al problema por las autoridades provinciales y por las federales. Y urge que se forme conciencia de este problema para que un ambiente de opinión sepa apoyar y encauzar los esfuerzos novedosos en el país y que serían un ejemplo para toda América.

*Tartagal, Salta, 1960*

Antonio Tovar, *Lo medieval en la conquista y otros ensayos americanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, pp. 58-64.